

AGENDA CIUDADANA

EL “FENOMENO AMERICANO” Y NOSOTROS

Lorenzo Meyer

Los Monstruos.- Desde el siglo XV, todos los imperios modernos han tenido límites en sus zonas de influencia y siempre han enfrentado a competidores con la capacidad y voluntad de desplazarlos. Pues bien, esas dos características han desaparecido en el caso del último imperio: el de los Estados Unidos.

En el futuro inmediato, el dominio norteamericano del sistema internacional no tiene rivales y, por momentos, tampoco límites geográficos. Es realmente el primer imperio efectivamente global y eso lo hace peculiar a nivel teórico y práctico, pues a querer o no y para bien o para mal, de su naturaleza y evolución depende buena parte del destino del resto del sistema internacional.

El siglo pasado, y refiriéndose al país vecino del norte, José Martí dijo que él conocía al monstruo justamente porque había vivido en sus entrañas. De entonces acá ha transcurrido más de un siglo y en esta nuestra época, con múltiples fuentes de información, de comunicación instantánea y de televisión global, ya no es necesario vivir dentro de otra sociedad para poder conocerla en sus aspectos más evidentes. Sin embargo, la experiencia directa sigue siendo un complemento importante del conocimiento a distancia. Pese a las bibliotecas, al Internet o a la televisión, todavía tiene sentido la vivencia directa como forma de conocimiento de los ritmos más íntimos y peculiaridades de una sociedad ajena. En el caso de México, el mayor y mejor conocimiento de cualquier aspecto de Estados Unidos tiene un sentido práctico y urgente, pues casi todo lo que ocurre ahí repercute positiva o negativamente, directa o indirectamente, en países como el nuestro.

Tras acumular un buen número de años viviendo en universidades e instituciones de investigación de Estados Unidos, me resulta cada vez más claro que la sociedad norteamericana es uno de los arreglos históricos más complejos, heterogéneos, exitosos, contradictorios y difíciles de caracterizar. Con el correr del tiempo tengo más interrogantes que respuestas sobre la naturaleza del país que está al norte del Bravo pero no me cabe duda de la importancia que tiene para México adentrarse hasta la obsesión en el estudio del “fenómeno americano”.

Individualmente es imposible ser un conocedor profundo de la dinámica de cualquier país y menos de uno tan grande y complejo como Estados Unidos. Por ello, es necesario incrementar y acelerar el esfuerzo en las instituciones mexicanas dedicadas al estudio de los Estados Unidos en todos sus aspectos. Pese a la escasez de recursos, debemos invertir en profundizar el conocimiento sobre nuestro principal mercado externo y fuente no sólo de capitales, insumos y tecnología, sino de iniciativas políticas y, finalmente, de valores colectivos y modos de vida.

Un Potencia cuyos Límites son Internos.- Estados Unidos tiene ya una larga historia como potencia imperial, sin embargo llama la atención la poca importancia relativa que para el grueso de los ciudadanos norteamericanos tiene el resto del mundo. No obstante lo anterior, el ciudadano norteamericano tiene plena conciencia de que su país fue el vencedor de la Guerra Fría –lo que ha muchos pero no a todos, les produce un sentimiento de superioridad moral-- y que, por ahora, ninguna otra nación representa una amenaza militar seria. En una encuesta reciente de Gallup, los cuatro grandes problemas que preocupan al grueso de los norteamericanos nada tienen que ver con el exterior, como si fue el caso desde la II Guerra Mundial hasta la caída del

Muro de Berlín. Las cuatro problemáticas que dominan la agenda norteamericana hoy son: los valores familiares y la ética, la violencia criminal, la educación y el control de armas en manos de particulares (The New York Times, 1o de agosto). Si bien el desinterés sobre el mundo externo es una característica norteamericana vieja, la sensación de seguridad nacional total es relativamente nueva.

Las dimensiones de Estados Unidos primero y su riqueza después, hacen casi inevitable que para el grueso de sus ciudadanos el mundo se reduzca a “su mundo”, es decir, a su país o región (en esto, los norteamericanos son iguales a quienes les precedieron como gran centro imperial: españoles, ingleses, franceses, etc.). El aislamiento ha sido una tentación constante para la sociedad norteamericana aunque, finalmente, el impulso imperial siempre le ganó la partida a quienes nada querían saber del exterior, por ejemplo, cuando contra del deseo de la mayoría, el presidente Wilson empujó al país a convertirse en combatiente de última hora, y con gran éxito, en la I Guerra Mundial.

En las universidades norteamericanas donde existen centros de estudios latinoamericanos, éstos son instituciones pequeñas, casi prescindibles. Sólo la enorme riqueza a disposición del mundo académico de Estados Unidos (¡Harvard tiene un fondo patrimonial de diez mil millones de dólares!) hace que existan los estudios latinoamericanos (o, para el caso, africanos) pese a la poca demanda de sus conocimientos y servicios. Un indicador de lo anterior, son los escasos estudiantes graduados que desean hacer de América Latina el centro de su vida profesional. Con el fin de guerra fría, el sandinismo, los “contras” y todo lo asociados con ellos el decenio pasado --revolución y contrarrevolución--, son ya historia antigua. Lo que pase

del sur del Bravo a la Patagonia interesa a pocos.

Por un tiempo los estudios soviéticos en Estados Unidos fueron parte de la seguridad nacional, y por ello absorbieron una gran cantidad de atención, recursos y talentos, pero hoy la CIA y los otros especialistas en seguridad y espionaje internacional, buscan su razón de ser y recursos en el campo de la protección de secretos industriales o para perseguir a la piratería que afecta a Nike, Calvin Klein o a centenares de otras firmas similares. Los espías políticos que quedan han bajado tanto la guardia que al planear este año el bombardeo norteamericano de Belgrado, la CIA no se percató de que uno de los blancos que eligió no era una instalación del gobierno sino la embajada china (¿o lo sabía pero decidió enviar un mensaje tan primitivo como absurdo, a la única potencia futura que ensombrece el horizonte de Estados Unidos al despuntar el nuevo milenio?).

El Único País Realmente Soberano.- Lo novedoso en el sistema internacional actual, es la ausencia de desafíos a la hegemonía norteamericana. Los grandes imperios de la época moderna: el español, el portugués, el inglés, el holandés, el francés o el ruso, y en el siglo que está por concluir el alemán, el japonés, el soviético y hasta hace poco más de diez años el norteamericano, siempre tuvieron frente a ellos rivales poderosos que les obligaron a invertir grandes cantidades de recursos materiales y humanos en la preservación de sus dominios y sus ventajas económicas. Fue ese gasto creciente de recursos materiales y humanos en ejércitos, administradores, guerras coloniales e interimperiales, lo que finalmente trajo la decadencia de cada uno de los imperios históricos. La excepción a la regla es Estados Unidos; de ellos es la experiencia insólita de dominar al sistema internacional sin tener

que responder, en la práctica, ante nadie salvo ante ellos mismos. En ese sentido, Estados Unidos son el único país realmente soberano que queda. Ni la gran China puede reclamar Taiwan porque Washington se interpone.

Tras escalar la cumbre del poder sobre las derrotas o desgaste de ingleses y franceses, de austríacos, holandeses, italianos, alemanes y japoneses y, finalmente, después de llevar a la bancarrota a la Unión Soviética en la peligrosísima competencia por lograr la delantera en el equilibrio del terror nuclear, Estados Unidos ha quedado colocado en una posición sin precedentes en la historia moderna. Por no tener un rival militar, tampoco tiene ya que gastar una parte sustantiva de sus excedentes en carreras armamentistas. Washington se puede hoy dar el lujo de tener un superávit en sus finanzas públicas y hacer que el conflicto político entre el congreso y la presidencia sea sobre como disponer de esos miles de millones de dólares que ya no tienen que destinarse al aparato militar: ¿hay que regresarlos como rebaja de contribuciones a los ricos como quiere la derecha o invertirlos en el sistema de seguridad social para los menos ricos, como propone el presidente?. Y ese presidente puede hoy imponer su voluntad usando la fuerza lo mismo en los Balcanes que en Irak y casi sin incurrir en bajas propias: los muertos corren por cuenta de quienes son objetos del castigo –irakís o serbios— o de la ayuda –como los civiles albaneses— pero ya no de los norteamericanos. Usando su enorme superioridad tecnológica en la guerra aérea --una superioridad que no disminuye sino se acrecienta— un bombardero puede dejar su base en Estados Unidos, lanzar su carga en Serbia y retornar sano y salvo en poco más de treinta horas, a tiempo para que la tripulación no pierda su segunda cena y duerma en su cama.

Los rivales norteamericanos que hoy existen lo son sólo en el terreno económico: Europa y Japón, aunque éste último cada vez menos. En el terreno de la fuerza sólo grupos terroristas se enfrentan a Estados Unidos. Sus acciones pueden ser espectaculares, pero nunca decisivas. Rusia, aunque con muchas armas atómicas, vive en la depresión económica, apenas puede pagar a su ejército y no tiene excedentes para invertir en la nueva tecnología militar. Hoy sólo China muestra la voluntad de cerrar, en un futuro distante, la brecha tecnológica militar con Estados Unidos (de ahí su esfuerzo constante, abierto y hasta ahora exitoso, por infiltrar los laboratorios norteamericanos y copiar algunas de las armas más avanzadas). En China y sólo en China, tienen los norteamericanos al gran rival potencial. Pero el límite actual y efectivo a las acciones de fuerza norteamericanas en el resto del mundo no lo impone ningún factor externo sino el apoyo o falta del mismo, del público norteamericano a las iniciativas de su presidente.

El Motor de la Globalidad.- El desinterés relativo de los norteamericanos por el mundo externo tiene una base real: su principal mercado son ellos mismos. Y ese enorme mercado interno sigue montado en una ola de prosperidad y expansión con pocos precedentes. Por otra parte, la innovación tecnológica también tiene su centro en Estados Unidos. En el llamado “Valle del Silicón”, en California, se está desarrollando un formidable proceso de miniaturización de los circuitos electrónicos al punto que en los próximos 18 meses el poder de las nuevas computadoras crecerá en una proporción equivalente a todo lo que ha crecido desde que se echó a andar la primera de esas máquinas.

Un resultado del liderazgo político y económico norteamericano al finalizar el

milenio, es la existencia de una sociedad de consumo superfluo que llega a niveles que no sólo se antojan inmorales sino absurdos. Por ejemplo, el gusto de los jóvenes ingenieros y los administradores de las empresas de tecnología de punta en California por los autos BMW, es tal, que los importadores no alcanzan a surtir los pedidos. En Palo Alto una casa no particularmente espectacular que salió al mercado hace unos meses por dos millones de dólares, se vendió a la semana en tres millones, pues llovieron compradores. En Tiburon Island a nadie le parece absurdo una tienda especializadas en “regalos” para perros y gatos. La fortuna de Bill Gates, el creador de Microsoft, se acumula a una velocidad tal que cuando la cifra se publica en las listas anuales de Forbes, ya es obsoleta (para estas fechas ha sobrepasado los cien mil millones de dólares).

La concentración del ingreso dentro de Estados Unidos es notable, pero palidece en comparación con la concentración a nivel global a que ha dado lugar el sistema económico encabezado por los norteamericanos. Hoy se calcula que el 20% más rico de la población mundial –donde destaca la norteamericana-- dispone del 86% del ingreso en tanto que el 20% más pobre debe arreglárselas con apenas el 1%.

En Suma.- En el imperio global de Estados Unidos, la democracia política y el estado de Derecho son los valores dominantes y no hay que regatearle esa gran contribución a la civilización global. Pero la otra cara del arreglo presidido por los norteamericanos es la brutalidad de la distribución de los bienes de este mundo: muy pocos tienen cada vez más, pero demasiados tienen muy poco y en proporción tendrán menos en el futuro, pues por ahora no hay nada que pare esta dinámica de la injusticia sustantiva.